

*Designado por la Academia el docto Profesor y Académico de número D. Rafael Vázquez Aroca, para contestar al recipiendario, he aquí a continuación su discurso.*

SEÑORES ACADÉMICOS:

Grande es mi satisfacción y mi agradecimiento por el honroso encargo que me habéis confiado de contestar al hermoso y bien escrito discurso de recepción, como Académico de número, de nuestro ilustre y querido compañero de Corporación, el competente y pundonoroso Ingeniero militar, don Ángel Torres e Illescas, cuya brillante hoja de servicios como militar y como hombre de ciencia, por sus numerosos trabajos y publicaciones, tanto dentro de su honrosa profesión como fuera de ella, forma contraste con su modestia, y que sólo es comparable con la afabilidad de su trato y lo ameno e instructivo de su conversación, en la que siempre hay algo nuevo y algo interesante que aprender.

Pero también es grande el empeño en que me encuentro y el fundado temor que abrigo, de que mi contestación, por insuficiencia mía, no esté a la altura que merecen la brillante historia y la perseverante actuación de la ilustre Academia a que ambos pertenecemos, ni a la amenidad y documentada doctrina del notable discurso de recepción que acabamos de oír.

El nuevo Académico, aparte de su carrera científica de Ingeniero militar, cursada con notable aprovechamiento, y carrera que lleva anejo el título de Ingeniero civil, tiene seguramente una de las más brillantes hojas de servicios, de la que con justo orgullo puede vanagloriarse, no sólo por los relevantes servicios prestados dentro de su especialidad, como por varios inventos de notoria e indiscutible utilidad. Contadas así por encima, y sin descender a grandes detalles, por no alargar demasiado este trabajo, de suyo ya bien monótono y pesado, pero que bien merecerían su enumeración detallada, por cuanto ponen de manifiesto, no sólo el acierto de la Academia, llamando a su seno al Sr. Torres Illescas, sino la notable perseverancia en el trabajo y la gran cultura y fecunda actuación del nuevo

Académico, que ostenta, nada menos que dos menciones honoríficas, cinco cruces, siete medallas, tres diplomas honoríficos y tres grandes placas de honor, ganadas en toda justicia, ya por sus trabajos de ingeniería en fortificaciones de plazas militares, ya en construcciones de diversa índole o ya por inventos de verdadera utilidad práctica. En diferentes ocasiones ha desarrollado conferencias sobre asuntos de su especialidad como Ingeniero, y finalmente, tiene publicados numerosos artículos de vulgarización, sobre diferentes asuntos científicos y económicos. Tal ha sido la fecunda actuación del Sr. Torres Iilescas, que justifica plenamente el acuerdo de la Academia, al otorgarle una plaza de número en su seno.

Ha escogido el nuevo Académico para su discurso de recepción, un tema, por demás sugestivo y de sin igual interés para todo el que se preocupe por el progreso de la sociedad y del bienestar de la humanidad: *«La Humanidad—lo titula—no cesa de tejer la maravillosa tela del Progreso»*.

Con sin igual acierto y notable maestría del hombre que ha seguido paso a paso los modernos y sorprendentes adelantos de la ciencia en todas sus múltiples y numerosas ramas, va pasando revista a todos los inventos y descubrimientos, que son como otros tantos secretos que los hombres consagrados a la investigación han ido, poco a poco, arrancando a la naturaleza y poniéndolos al servicio de la sociedad, con la loable intención y el buen deseo de mejorar las condiciones en que se desenvuelve la vida humana en las sociedades civilizadas, verdaderas conquistas logradas por los hombres de ciencia, casi siempre a costa de enormes vigiliass y grandes sacrificios, y aún a veces, hasta a costa de la vida de los investigadores, que también la ciencia tiene sus héroes y sus mártires.

Al reseñar cada una de estas conquistas de la ciencia, cada uno de estos inventos, va enumerando y analizando las ventajas y los beneficios que reportan para el bienestar y la comodidad, y hasta para la salud y la vida de la sociedad que disfruta de ellos; ventajas y beneficios enormes, que los que hemos tenido la fortuna de nacer y de vivir en las sociedades que ya las disfrutaban, no sabemos apreciarlas en todo su valor, porque como la salud y la juventud, sólo se aprecian cuando se tiene la desgracia de perderla.

Figurémonos por un momento, lo que sería la sociedad, si por una causa cualquiera, llegara a desaparecer todo lo que hoy constituye nuestra comodidad y nuestro bienestar, y hasta los medios de conservar nuestra salud y de reponerla cuando se pierde.

Sin el alumbrado artificial que disipa las tinieblas de la noche; sin fe-

rrocarriles, y sin telégrafos ni teléfonos que acortan y hasta casi suprimen las distancias; sin la navegación moderna, ya sobre los mares, o ya bajo las aguas de los océanos, que puede decirse, que une unos continentes con otros; sin los progresos de la química y de la biología, que curan o previenen nuestras enfermedades, prolongando la vida humana; sin los modernos medios y progresos de la construcción, que nos proporciona la defensa y el abrigo contra las inclemencias del tiempo; sin las obras maestras del arte, de la pintura, de la literatura, de la escultura y de la música, que son alimentos del espíritu y del alma, destello de la divinidad del creador; nuestra actual civilización desaparecida, volvería la humanidad al estado de salvajismo primitivo: obligado el hombre a defenderse por sí mismo y por su sólo esfuerzo, contra las inclemencias del medio, y contra el ataque de las fieras, no todavía en degenerar y volver al lamentable estado, en que aún se encuentran algunas de las tribus del interior de Africa, por fortuna y para honra de la sociedad moderna, cada vez menos numerosas.

Pero tiene razón el nuevo académico, el avance de la ciencia ha sido muchas veces retardado por el dogmatismo intransigente y cerril de los antiguos, y también de los modernos pseudos sabios, no obstante los rotundos mentís y desengaños que fueron recibiendo de la realidad.

¿Cuánto trabajo y cuántas contrariedades y disgustos no le costó a Galileo, no más que tratar de convencer al mundo sabio en aquella época, de la falsedad del sistema de Ptoleme; a los mismos cuyos sucesores, hoy lo aceptan y fundan grandes observadores? ¿De convencerlos de que lo por ellos llamada incorruptibilidad de los cielos, no se oponía a que en la fotosfera del sol existieran las manchas que él había descubierto, gracias al anteojo que él mismo había reinventado? Colón, que descubrió un nuevo continente, ¿cuánto no tuvo que luchar para convencer a los que negaban la posibilidad, basándose en argumentos ilusorios, de la existencia de otras tierras más allá de los mares? La rotación de la tierra y la existencia de antípodas ¿no ha sido negada durante mucho tiempo? Al mismo Newton ¿no le costó enorme esfuerzo que se aceptara la existencia de la atracción universal, que él había descubierto y formulado sus leyes? El fantasma de que la perfección de los cielos imponía, que el movimiento de los astros tenía forzosamente que ser circular y uniforme, ¿no retrasó bastante tiempo que se aceptaran la leyes de Kepler, que rigen los movimientos de los cuerpos celestes alrededor de sus centros de atracción, hasta el punto de que el mismo Tycho-Brahé, su maestro, le

hizo jurar en su lecho de muerte, que siempre defendería el movimiento circular y uniforme de los astros?

Es que el dogmatismo intransigente, sea de la ciencia, sea de la filosofía, siempre ha sido funesto para todo progreso, y siempre lo será, venga de donde viniere y proceda de quién proceda; que no son solo la ciencia y la filosofía, las que muchas veces han caído en excesos de dogmatismo intransigente, queriendo hacerles decir, a fuerza de retorcer argumentos, lo que no han dicho ni han querido decir; sino que también a algo muy respetable y que está muy por encima, por exceso de celo, le han hecho caer a veces, siquiera sea temporalmente, en el mismo defecto: como lo comprueban algunos de los casos citados y otros muchos que pudieran citarse.

No obstante, mucho ha avanzado la ciencia en todas sus ramas; y considerando cuanto ha contribuido al desarrollo de la civilización y al progreso humano, podemos decir: grande es la ciencia, no sólo por las inmensas ventajas en todos los órdenes que nos proporciona, sino también porque cuando se mantiene en sus justos límites, sin dejarse llevar de delirios debidos a un inmoderado orgullo de su propio valer, nos va acercando poco a poco a conocer la sublime grandeza del creador de todas las cosas; porque cuanto mayor es la verdadera ciencia y cuanto más completo es el conocimiento del mecanismo del universo, ya en lo infinitamente grande de los soles y de los mundos que pueblan el espacio, ya en lo infinitamente pequeño de la estructura de los seres vivos y de la composición de los átomos que integran la materia; más grande y más sublime se nos presenta la idea del supremo creador de tantas maravillas.

Pero si es grande la ciencia y mucho lo que a ella debemos y lo que a ella tendremos que deber en lo sucesivo, también hay que lamentar que muchas de sus ramas y muchas de sus conquistas estén manchadas de sangre; que sean como espadas de dos filos, que si por un lado nos han favorecido en grado sumo, por otro hayan sido verdaderos azotes de la humanidad. Pocos inventos ha habido, que el hombre, mezcla del bien, que lo lleva a la santidad del sacrificio por sus semejantes, y del mal, que a veces lo convierte en la más sanguinaria de todas las fieras, no lo haya aplicado al mal.

La guerra, ese azote de la humanidad, que a pesar del enorme progreso de la sociedad, aún subsiste, y que desgraciadamente, quizás siga subsistiendo mientras haya hombres en el mundo, ha aplicado la mayor par-

te de los inventos y de los descubrimientos de la ciencia, a la destrucción y a la muerte.

La química, ha creado los modernos explosivos, de potencia aterradora, que en pocos momentos destruyen cientos y miles de vidas; los aceros de superior resistencia para fabricar cañones y proyectiles; los gases inflamables, los asfixiantes y los corrosivos, que a los desgraciados a los que alcanzan y no mueren tras horribles sufrimientos, quedan mutilados y convertidos en verdaderos despojos humanos; la biología, con cultivos concentrados de microbios patógenos, que sembrados a voleo por los aviones y dirigibles, darán lugar a enormes epidemias, al lado de las cuales los antiguos azotes del cólera y de la peste serán débiles sombras; la mecánica y la física, con los submarinos, que en unos momentos sumergen al fondo de los mares miles de desgraciados; los aeroplanos y los dirigibles de combate dejando caer desde lo alto del cielo terribles explosivos y gases deletéreos, contra los cuales no cabe defensa posible, y capaces de destruir poblaciones enteras: Todo lo que la ciencia descubrió y conquistó para el bien, aplicado, por el hombre, para el mal, en su ambición y en su soberbia.

A nuestra Corporación le cabe la honra de haber previsto, y de haber tratado de evitar, dentro de su modestia de Academia provinciana, lo que habría de pasar con algunos de los adelantos y de las conquistas de la ciencia.

Con motivo de un notable trabajo, del académico de número don Rafael Pavón y Alzate, leído por el mismo en una de las sesiones celebradas en el año de 1907, titulado «Reflexiones sobre la locomoción moderna» en el que ya preveía, que la aviación, entonces incipiente y en sus primeros ensayos, no tardaría en perfeccionarse, y ante el fundado temor, de que una vez perfeccionada, fuera utilizada como arma de guerra, a propuesta del autor del trabajo y por acuerdo unánime de la Corporación, se dirigió en una respetuosa instancia al Excmo. Sr. Ministro de Estado, rogándole que, bien por medio de una conferencia internacional promovida a este efecto, o por los medios y vías que mejor procediese, se gestionara el establecimiento de un acuerdo entre las potencias civilizadas, para excluir de todo papel ofensivo, las máquinas de navegación aérea que se inventaran, en las futuras guerras, que puedan sobrevenir entre las mismas. A cuya instancia contestó, con toda cortesía, el Sr. Ministro, con fecha 6 de Marzo de 1907, que en atención a los elevados sentimientos que movían a la Academia, el Ministerio de su cargo estudiaría, con todo

detenimiento e interés el asunto, por si en las deliberaciones de la, en aquellas fechas, próxima a celebrarse, segunda conferencia de la Paz, permitiesen llevar a la práctica, o someter por lo menos a la consideración de las potencias, la humanitaria idea de que se trataba.

Perdón señores, si por un momento he ensombrecido la justa satisfacción y alegría que todos sentimos al recibir al nuevo compañero, y el recuerdo de su magistral discurso; pero la amenaza de una nueva guerra europea, quizás muy próxima, más terrible y mortífera, por los últimos adelantos de las ciencias, que la última pasada que asoló una gran parte de Europa, y segó cientos y cientos de miles de vidas juveniles, y cuyas fatales consecuencias económicas aún estamos sufriendo, tanto los países neutrales como los beligerantes, unido al deseo muy legítimo de recabar para nuestra Academia y para un hombre tan bueno y sabio como modesto, el autor del trabajo antes citado, la gloria de haber tratado de evitar que lo que la ciencia inventa y descubre para el bien, el hombre lo aplique para el mal, me haya hecho dar una nota quizás impropia del acto que celebramos.

Sea bien venido a esta Corporación el nuevo académico, de cuya extensa cultura e ilustración y amor al saber, tiene dadas tantas y tantas muestras, y de cuya asidua colaboración, ya bien acreditada, en su actuación como correspondiente, espera la Academia los más fecundos y halagüeños resultados.

HE DICHO.